

Guerra cultural y unidad popular: agenda para la acción

FRANCISCO SIERRA CABALLERO

Catedrático de la Universidad de Sevilla y director de la Sección de Comunicación y Cultura de la Fundación de Investigaciones Marxistas (FIM)
www.franciscosierrecaballero.net

RESUMEN: Los movimientos de la Santa Alianza trumpista con las declaradas intenciones de intervenir en las elecciones europeas (Musk) y suprimir todo control de verificación (Zuckerberg), por mínima e irrelevante que esta sea, inaugura, con la proliferación de falsas noticias y discursos del odio, una nueva fase en el proceso de recomposición geopolítica del sistema internacional, un avance y escalada significativa del proyecto restaurador del capital en su salida a la crisis que nos emplaza a pensar el actual horizonte político de este tiempo-encrucijada en términos de disyuntiva. La estrategia de la ultraderecha imperialista liderada por Trump pone directamente en cuestión la democracia e interpela, al tiempo, a la izquierda sobre la necesidad de formular una nueva agenda y plan de acción alternativo al *modus operandi* que hasta la fecha ha venido desplegando en respuesta a la guerra cultural de la oligarquía económica.

Si el socialismo es el movimiento y proyección de lo real en la historia, una suerte de política partisana de articulación de la necesidad social de construcción de lo común, parece lógico colegir que, hoy más que nunca, ha llegado el momento de abrir el campo y los canales de interpelación a la gente, especialmente cuando el ruido mediático y la parálisis de las direcciones partidarias se limitan a contar lo hecho sin pensar ni proyectar públicamente lo por venir. En otras palabras, ante la actual coyuntura política, vista la acometida y frente cultural de las fuerzas autoritarias, va a ser necesario coser, tejer con el lenguaje de los vínculos, definir nuevas formas organizativas y alianzas



y poner en marcha una nueva política de comunicación capaz de proyectar y contar las auroras que es posible vislumbrar pero que, con el cerco mediático, permanecen invisibles y desconocidas para los sectores populares en buena medida por las erráticas derivas de las organizaciones políticas, básicamente reactivas. Esta apuesta es a todas luces prioritaria porque, según las leyes de la propaganda, dato no siempre gana a relato, y en la sociedad de las cuentas con los cuentos termina imponiéndose la sinrazón, el discurso del odio que se ha instalado en una cultura y un sentido común de la dominación y la barbarie tecnofeudalistas como norma.

En la era de los fondos buitres, y del capitalismo financiero y de plataformas, la reflexión sobre las contraposiciones, los desniveles y la dialéctica informativa que prevalece a partir de la contradicción entre la socialización de medios de información para intervenir e intercambiar y la concentración del código de acceso, con una clara estructuración centro-periferia, ha de trascender las dinámicas corporativas hegemónicas en la esfera digital, impugnando cierto marco cognitivo, cierto relato o cosmovisión social tecnodeterminista que ha permeado profundamente la militancia de izquierda en la llamada *nueva política*, en forma de *sensorium* o práctica de intervención, anulando con ello la fuerza antagonista y toda voluntad emancipadora. La matriz discursiva e ideológica que ha colonizado la política de representación y mediación social en España y la UE es, a todos los efectos, no solo inadecuada y contraproducente, sino un factor de desmovilización y desconexión de las clases populares. Considerando el ascenso de la extrema derecha en Italia, Francia, Austria o Alemania, y en general en toda la UE, la articulación social de un frente común contra la repetición de la historia como farsa, más propia de una forma decimonónica de conformación política que de un tiempo maduro de transformación en pleno siglo XXI, pasa en este sentido por una agenda radical de ruptura institucional e impugnación del *statu quo*. La clave para ello no está solo en oponer la democracia al autoritarismo, sea democratizando aparatos represivos del Estado o desmantelando el suntuoso gasto militar inapropiado por exigencias de la OTAN, sino más bien avanzando en la democracia económica y social y particularmente en las libertades públicas y en un campo abonado por la extrema derecha y abandonado por las fuerzas progresistas: la disputa y política de la comunicación. Lamentablemente, en estos momentos, en la izquierda, no se percibe una acción política estratégica ni ninguna luz intelectual, ningún programa de trabajo, interés y voluntad de concentración con vistas a salir del actual enrocamiento o letargo en esta dirección. De hecho, cualquier idea o programa afirmativo con voluntad transformadora es bloqueado, en el interior, por ausencia de debate, y en el exterior por inacción o falta de organización de los sectores populares, que aun así participan en movimientos sociales como la Marea Blanca en defensa de la sanidad pública o de la educación. Va a ser necesario, por



consiguiente, un intenso esfuerzo de pedagogía democrática y de organización de la unidad popular que logre cambiar el marco de comprensión de cuadros y direcciones políticas, un trabajo a ras de suelo que pueda y sepa acometer el reto de revertir el dominio del discurso involucionista que se ha instalado hondamente en la sociedad civil.

España es, en estos momentos, ciertamente una excepción, al menos electoralmente, pero, en el fondo, en nada diferente si pensamos en la cultura cívica y el discurso público. Sin ánimo de hacer transhistoria, podemos observar que el discurso ultraderechista se extiende de Estados Unidos a la Unión Europea, de la derecha a la izquierda, del Norte al Sur global, sin distinción, aunque sean particularmente los partidos del orden o ultramontanos quienes trolean, planifican y alimentan una política antisocial que actualiza el pogromo restaurador del capital financiero y sus arietes: las *big tech*. En otras palabras, se nos está quedando cara de libro (Facebook), o de bobos, mientras proliferan polémicas azuzadas desde el poder mediático sin otro fin que realizar un principio básico de la estrategia militar: *divide et impera*. Y nadie tan interesado en dividir y dispersar a la gente como los beneficiarios del IBEX35, los fondos buitres y los halcones del Pentágono, que ya lograron el éxito calculado del Brexit, continuaron con la OTAN y la guerra de Ucrania y ya han anunciado que van a culminar la estrategia de derrumbe de Bruselas con el giro a la extrema derecha en la mayoría de países que componen el fallido proyecto comunitario del Tratado de Maastricht. No estamos pues ante una *boutade*, ni se trata simple y llanamente de una teoría de la conspiración. El hilo rojo de esta secuencia puede leerse en los *Papeles del Pentágono* o en *Military Review* y podría analizarse, como hiciera Marx en sus artículos sobre los sucesos de Francia entre 1848 y 1850 en la *Nueva Gaceta Renana*, como un ejercicio comparativo para ilustrar la lucha de clases y la articulación de la oligarquía financiera en tiempos cumbre de crisis terminal como los que estamos viviendo.

Tal y como ilustra Andrew Marantz en *Antisocial* (Capital Swing, 2021), los Proud Boys, Quonn y antes el Tea Party tienen su origen en la llamada *nueva derecha cowboy* de Ronald Reagan, auténtico pionero de la deriva con la que se pregona el libertarismo reaccionario de dirigentes como Milei en Argentina, a partir de lecturas autonomistas y una visión contraria al Estado, una suerte de discurso prepolítico que hoy se justifica con la infoxicación o el ruido en redes como la mejor expresión de la Primera Enmienda, como el derecho a decir cualquier barbaridad, IDA mediante, en la diarrea o incontinencia verbal del ocio convertido en neg/ocio. Se confunde así la libertad de expresión con la prevalencia de las impresiones, ya ni siquiera con la libertad editorial de la empresa informativa. Esta dinámica ha terminado contagiando a las fuerzas de izquierda inconscientes, y, tras la pandemia, la vuelta a la normalidad se ha traducido en la disolución del espacio público, el repliegue sobre lo privado o doméstico, no como patología sino como síntoma de disciplinamiento del



capital, en un proceso de restauración conservadora que, en nuestro caso, con los Florentinos y Ana Rosas de turno, pretende imponer un modelo de país de palmeros. En esa dialéctica nos hallamos, y en este marco nos quieren encuadrar en la medida en que, de este modo, se garantiza el *statu quo* en su nueva fase: el capitalismo de plataformas que concentra el poder económico, político y militar. Ahora, no hay dominación sin desmovilización. El tecnofeudalismo requiere, además de odiadores profesionales, espacios cerrados de comunicación, cortocircuitos tóxicos bajo dominio de los bots de quienes tienen robots y esclavos para servirles, mientras proyectan como único horizonte posible de vida la servidumbre digital.

El medioevo cibernético de la era de la inteligencia artificial es un orden del enclaustramiento, de los *riders* y el esclavismo de las pantallas, la distopía del *cocooning*, los cosmopolitas con collar, y no de cuello blanco precisamente, sino de animales domésticos sin compañía, entretenidos con las redes, antes con las revistas de decoración interior y, en pleno siglo XXI, con el juego de roles propio de la generación otaku y sus derivas *hikikomori*, encerrados en la fantasía de un universo virtual a condición de permanecer en el propio cuarto doméstico. La economía austericida exige, bien lo sabemos, que la fuerza de trabajo permanezca inmóvil, silente, impávida e ilota, siempre bajo supervisión, monitorizada por los dueños de todo capital. La doctrina del shock es sobre todo eso: aislamiento psicológico y social. La primera víctima, la confianza, la negación del principio esperanza, la crisis en fin de la democracia, pues prima la naturalización sobreficcional del orden reinante sobre el que Pasolini y Godard ya pensaron a propósito del colapso cultural que vivimos. El trumpismo, en este escenario político que nos domina, es pues una suerte de feudalismo capitalista, el neofascismo de contención que programa las víctimas a sacrificar del próximo asalto criminal de la acumulación por desposesión. En este campo, la política espectacular es la retórica del miedo por otros medios. Y los GAFAM, el canal de escenificación o ecosistema natural de intervención a modo de guardabarreras de todo dominio público, convertidos en porteros de la desinformación. Por ello, si el alisamiento del conflicto es, en palabras de Byung-Chul Han, una suerte de anestesia permanente, ha llegado el momento de ocupar la calle, construir puentes, superar los miedos, luchar contra los especuladores de la vida y los traficantes de la moral. Más aún cuando sabemos que el ascenso del fascismo es consecuencia del imperio del miedo y la reclusión en el hogar. Empecemos pues a dejar de ser teledirigidos, volviendo a las tabernas, ocupando las calles, tejiendo y cantando en los patios y plazas desde la fraternidad perdida, aprendiendo de la sororidad, y también del silencio. Sumar y transformar un país no se consigue con mucho ruido y pocas nueces. Aprendamos de la sabiduría popular. Sin ira, libertad. En otras palabras, es hora de apostar por la autonomía política, los derechos sociales, las libertades públicas y un proyecto federal, unitario, popular y referente para el conjunto de



los actores políticos del Estado desde la acción y los espacios abiertos comunes no desde las redes y los espacios segmentados y en forma de compartimento.

Campo abierto y mediación social

Considerando las experiencias históricas vividas en la izquierda, en el movimiento obrero y más recientemente en los nuevos movimientos sociales y las plataformas democráticas por la autonomía, podemos concluir que es preciso articular procesos de información, coordinación e intercambio, de síntesis política en una formación superior de frente amplio como horizonte común de las fuerzas transformadoras de la izquierda, a partir al menos de las siguientes condiciones:

1. **Ecclesia.** Ampliar el dominio público de interlocución, construir foros de encuentro no mediatizados por las plataformas de Silicon Valley es el primer paso para definir la apuesta por un espacio conjunto que crezca y no se reduzca en la transformación del diálogo público. Uno de los objetivos de este principio es contribuir a hacer posible un espacio unitario colectivo como ámbito y voluntad de búsqueda permanente de ampliar y fortalecer la autonomía con otras organizaciones, fundamentalmente mediante la incorporación de colectivos y personas no organizadas. Ello exige recuperar formas tradicionales de militancia como la cultura asamblearia que haga posible el encuentro, no entre dirigencias de partidos, sino entre sujetos, actores, militantes, con independencia de su adscripción partidaria, cultura política o pertenencia.
2. **Campo abierto.** Todas las lógicas combinatorias posibles para constituir una agenda común o frente amplio como proyecto político de resistencia y alternativo exigen el recurso a la técnica de campo abierto. Frente a la deliberación restringida a la cúpula de los partidos, es tiempo de abrir una discusión ciudadana para abrir por la base procesos de unificación y transformación política desde la escucha activa y el diálogo público.
3. **Desbordes creativos.** Abrirse a los medios, y a los ciudadanos, en la lógica de campo abierto, presupone un método de intervención disruptivo. El recurso a metodologías participativas, de innovación y recursividad, como única garantía de superar el enroque actual que dominan los aparatos partidarios, como única garantía de dar pie a la creatividad colectiva, a los desbordes creativos que alteren posiciones *a priori* improductivas y encastillamientos organizativos que bloquean toda voluntad de síntesis y transformación.



4. **Complejidad y estructuración.** No es posible dar forma a un proyecto consistente y con una visión a largo plazo sin organicidad, sin condensación, mediación política y cultura crítica que comprenda la complejidad de una estructuración diversa en un contexto adverso. Para pergeñar las tramas de construcción colectiva, el objetivo inicial no debe ser alcanzar necesariamente una unidad orgánica y/o electoral con todos los actores. Lo primordial es ser capaces de encontrar unos mínimos comunes para generar una agenda política propia y conjunta, procesos de interlocución y estructuración formales. Que se perciba por la ciudadanía que hay un espacio diverso con un discurso y unas prioridades compartidas y que se inicie un movimiento constituyente en todas las comarcas, municipios y provincias como llamamiento a la unidad popular, la unidad de acción y la articulación de frentes culturales en común.
5. **Pedagogía de la esperanza.** Activar el sujeto político no puede lograrse, como hasta ahora, o como se hizo el 23J, a partir de definir una alternativa a la derecha ultramontana del PP y Vox, es decir de forma reactiva, sino como proyecto ilusionante de articulación de alternativas en clave popular y contrahegemónica. La pedagogía de la esperanza no solo es la mejor respuesta al discurso del odio y la propaganda del miedo, sino la única garantía de sostenimiento de la democracia en un país que ha sufrido persistentemente la dictadura, el autoritarismo y las formas oligárquicas y caciquiles de gobierno en democracia. Esta debe ser la estrategia o divisa discursiva a poner en marcha, como también la base de la política de comunicación de todo proyecto de frente o unidad popular.
6. **Política de comunicación.** Uno de los aprendizajes de la experiencia de Podemos y Sumar que es necesario tomar en cuenta en el actual proceso de conformación del frente amplio pasa por una política de comunicación movilizadora. La simplicidad, la sencillez, la transparencia y sinceridad, el diálogo y ampliación transversal del repertorio simbólico e insumos discursivos deben servir para apelar a los hilos constitutivos del frente amplio (rojo, violeta, verde, blanco) y conformar una política sistemática de comunicación que suele postergarse o no ser habitual en las organizaciones pese a que no hay posibilidad orgánica ni estructuración sin comunicación. La internacional ultraderechista hace tiempo que lo ha comprendido, tiene la estructura dominante de información a su favor, y la practica por doquier sin plan o estrategia alguna que lo contravenga. Desde las fuerzas progresistas, falta un programa de actuación y lo más grave: organizaciones de base que hagan posible otros flujos de información y conocimiento de lo social.



7. **Fraternidad.** El reto de la unidad popular contra la derecha extrema destituyente es, por otra parte, un problema básicamente de educación y virtud republicana, de relaciones de dirección política y de organización por debajo de las masas que esperan no mensajes a su celular, sino más bien ámbitos de participación, decisión y elaboración colectiva. Las condiciones de posibilidad de un sujeto político con estabilidad y certidumbres en torno a su futuro requieren como prerequisite la democratización de las formas de consulta y decisión política, es decir, mancomunar aquello que entre todas conformamos y hacerlo desde el principio de fraternidad y no de la disputa fratricida, electoral o internamente, como ahora sucede entre direcciones partidarias con nula o escasa ejemplaridad y una dinámica nada virtuosa.
8. **Identidad.** La construcción de todo sujeto político no esencialista ha definido, históricamente, las experiencias revolucionarias más transgresoras y transversales en la larga lucha por la emancipación humana a partir de lecturas abiertas de los actores intervinientes y esta ha de ser la brújula que guíe el principio de constitución de un frente amplio de la izquierda. Ello por dos razones, por ser coherentes con las tesis de construcción de la noción de bloque histórico, con la tradición más productiva, histórica y políticamente del movimiento comunista, pero también para validar la antítesis a la hipótesis Italia de fragmentación de las izquierdas a nivel regional sin capacidad de construcción de un proyecto estatal federalista, republicano y solidario. Un síntoma de debilidad a este respecto es el predominio de las lógicas políticas identitarias, en el territorio y socialmente, impidiendo la comunicabilidad y movilización articulada que haga posible la hegemonía del bloque histórico antagonista.
9. **Puralidad.** La formación o constitución de un bloque de frente amplio presupone una organización diversa, plural y transversal. La puesta en marcha de estructuras de coordinación entre organizaciones a todos los niveles es imprescindible, al igual que la posibilidad de articular debates o consultas para la toma de decisiones importantes. Es preciso, en suma, trabajar la articulación de normas que ayuden a regular la convivencia política, la actividad institucional y la cooperación dentro del espacio de construcción de la unidad popular, integrando todo nuestro patrimonio político diverso, nuestro activismo militante y la implantación territorial de cada organización al servicio, una vez más, de la clase trabajadora y de los sectores populares. La transversalidad y diversidad orgánica es, pues, un reto para el éxito del frente de todos y todas contra los partidos del orden y la Santa Alianza trumpista.





10. **Frente cultural.** Por último, pero no en un sentido ordinal, el desarrollo de un pensamiento y cultura propia desde la subalternidad y la decolonialidad es una apuesta estratégica para la guerra cultural que tiene lugar en el actual momento histórico. La articulación del frente cultural con los intelectuales y cuadros dirigentes es además un denominador común en la conformación de experiencias exitosas de movimientos políticos y sociales. De hecho, una de las singularidades en España es que la izquierda, desde los reformistas liberales a nuestro tiempo, del XVIII al tiempo presente, ha estado conformada por la vocación de unas élites intelectuales, una pequeña minoría ilustrada, en un país de pobre cultura escrita y espacio público limitado, por no decir restringido, sujeto al absolutismo y la incapacidad de la burguesía de acometer las transformaciones estructurales acorde con su interés de clase. De modo que la historia social y política de nuestro país ha estado marcada por una oligarquía aristocratizante y rentista que hoy actúa a la ofensiva impulsando un programa neoliberal de destrucción de lo público acompañada de una reescritura de la historia en la que se vacía de raíces y perspectivas progresistas no solo la II República sino la propia Constitución del 78. La derecha quiere resignificar así la democracia, como se hace desde Bruselas, desvinculándola de las históricas y presentes aspiraciones de justicia social. De esta forma, se utiliza la bandera de la ciudadanía libre europea para confrontar toda defensa de la igualdad. Todo en forma de farsa, pero eficaz retóricamente. Se impone así en la UE y España el gobierno de una minoría privilegiada insensible a la desigualdad social sin otra respuesta desde la izquierda que la reacción meramente declarativa y, por ende, la desmovilización. En otras palabras y para concluir, el frente cultural se torna estratégico para hacer pedagogía democrática de las luchas y frentes culturales a fin de conformar un capital simbólico común en defensa no ya de la democracia, sino del derecho a luchar por tener derechos.

La cuestión meridional

Recientemente, presentábamos en Sevilla y Granada, la reedición de *La cuestión meridional* de Gramsci. De su relectura anotada y comentada, se coligen dos tesis válidas para la agenda para la acción de la izquierda en España y la UE:

1. La disputa de la hegemonía debe ser liderada desde el Sur y la periferia del proyecto capitalista de integración económica y monetaria hoy sometido plenamente a los designios del capitalismo de plataformas liderado por el trumpismo con la connivencia de las derechas del Norte y centro de la UE.

2. Toda estrategia de disputa del sentido común no será posible sin comprender y explorar los matices, tramas y contextos de las culturas populares. No es viable pensar desde el Sur sin pensar desde abajo una alternativa a la salida restauradora del capital.

La acumulación de fuerza y conocimiento para transformar las condiciones de periferia dominada es una condición necesaria que debe tratar de abordarse desde un horizonte colectivo o marco discursivo de articulación y conciencia clara de la posición y la correlación de fuerzas desde y con las fuerzas populares. Ello va más allá de la repuesta política y electoral y de la coyuntura histórica que atraviesa la actual crisis del proyecto de la UE y exige la articulación firme y decidida en un mismo espacio político de las distintas fuerzas de izquierdas, superando la forma partido para dotarse de distintas maneras de participación e implicación como forma de movilizar a más gente en la acción política frente al riesgo real de la desafección. Hoy por hoy debe ser un objetivo común conseguir un proyecto político unitario que sea heterogéneo en sus actores (partidos políticos, organizaciones sociales y personas independientes), plural en lo ideológico dentro del campo progresista, diverso en su composición partidista y con una concepción plurinacional del Estado pensando también un proyecto de refundación federal de la UE. Para ello hace falta un «código de circulación» y seguir una hoja de ruta compartida que agrande y fortalezca la formación política del bloque histórico desde las diversas contribuciones al mismo y que centre el debate el en eje Norte/Sur, centro/periferia, y en términos de clase. Ello, obviamente, a partir de una definición productiva de una interseccionalidad dinámica, flexible y operativa como la articulación de un horizonte geopolítico tricontinental (Europa, África y América Latina) articulando el eje mediterráneo con el atlántico y el pensamiento Caribe, dada la posición de España y los vínculos históricos con otros pueblos oprimidos como el saharai o las culturas nativo-originarias que han marcado el ciclo de luchas emergentes del nuevo constitucionalismo latinoamericano en la conformación de nuevas formas de Estado plurinacionales, experiencias a seguir si de construir una articulación plural en forma de frente amplio se trata.

Evidentemente, todo ello no es factible sin mecanismos efectivos de participación democrática, deliberación y toma de decisiones. A la hora de adoptar acuerdos deben regirse preferentemente por medio del consenso, primándose la síntesis y el diálogo y dotándose de mecanismos democráticos para resolver cuestiones en las que no se pueda alcanzar el consenso. Los mecanismos de coordinación deben respetar la autonomía de todas las partes integrantes, pero es preciso pasar ya de la lógica de la fragmentación a la unidad y de la institucionalidad a la emergencia. Sumar y multiplicar potencia política sin participación y elaboración colectiva, sin poder popular que dé unidad al proyecto alternativo de país, es materialmente imposible. Se ha comprobado contraproducente



y explica en buena medida el declive del proyecto Sumar, sin concreción orgánica en territorio, sin participación ni democracia interna y menos aún elaboración con la base, más allá de los expertos consultados para la elaboración programática. Por ello es una prioridad esta exigencia.

Para recuperar una herramienta eficiente y potencialmente transformadora que facilite la unidad popular es además preciso acometer las siguientes tareas:

- a) Investigación y formación. Necesitamos recuperar el gran conocimiento generado durante todo el siglo xx y adaptarlo a los avances científicos y técnicos que se han producido en las últimas décadas para disponer de una propuesta solvente y viable, poniendo en común el capital político del que dispone cada organización
- b) Trabajo programático. Es necesario incorporar al programa para la mayoría social propuestas concretas y enfocadas a retos y problemas específicos de planificación democrática a partir de la escucha activa, la deliberación ciudadana y la participación de todos los sectores y cuadros de las organizaciones desde ya mismo.
- c) Trabajo de concienciación. La guerra cultural como guerra de clases es un frente de disputa que exige visibilidad unitaria como formación o bloque de progreso. Debe ser una prioridad afrontar décadas de propaganda contraria a estos instrumentos para trasladar a la población la importancia de recuperar la capacidad de tomar decisiones sobre aquellos elementos que tienen una importancia crucial en nuestras vidas y que hoy están en manos, no ya del mercado, sino de una oligarquía económica que está dilapidando recursos, capital humano, capacidad cultural y autonomía política. Este trabajo de concienciación ha de iniciarse con el discurso y la praxis de la unidad orgánica en una forma o plataforma de frente amplio, de unidad en la diversidad, más allá de la coyuntura electoral que haga visible, posible y deseable la alternativa de futuro en común.

En palabras del filósofo sardo: «La victoria del socialismo no se prepara con las ventoleras electorales (que, sin embargo, tienen su valor por muy limitado que sea) sino por la elaboración agotadora y ardiente de los nuevos valores ideales desarrollados por una minoría de hombres dignos». Todo lo contrario a la llamada nueva política y al cretinismo parlamentario de una suerte de dirigencia empresaria de sí misma que vive de la ilusión reformista y el oportunismo sin estrategia ni dirección. Toda artificiosidad, el teatro de las apariencias, el fraccionalismo y la indisciplina, la improvisación y el histerismo político son lo contrario a una dirección colegiada y a la elaboración colectiva. Ante



la amenaza real de la Santa Alianza trumpista sobra la impostura y hace falta posicionamiento efectivo, que es algo más que declaraciones a los medios, implica organización y trabajo por la base, evolucionando de la unidad como plataforma electoral a la unidad popular.

Hablamos de una escucha activa «deliberativa y generativa» que se puede ejercitar de diversas formas. La cuestión es cómo cooperar, cómo integrar, cómo trabajar para lograr el resultado necesario y proyectado. Desde luego no se trata de seguir la hoja de ruta ya fracasada, ni de repetir errores. No se trata de elegir a los/las líderes y que ellos/ellas resuelvan la organización y el programa, y luego consulten en plan plebiscito, sino de construir más bien el sentido común y la base social que pueda definir un rumbo, una dirección y en última instancia unos dirigentes que hagan posible transformar la vida. Se trata, en fin, de pensar al revés, aprender a organizarnos organizándonos. En los lugares donde se pone en común estos métodos de base suele conseguirse buenos resultados. Hacer un llamamiento a dirigentes culturales y de los movimientos a los partidos, una mediación desde metodologías participativas, hacer política desde las bases sociales, ser coherentes con lo que se dice (la participación también en lo interno) son factores claves, sin los que será difícil cualquier frente que se pretenda transformador y que se mantenga más allá de unas elecciones concretas. Tal y como hemos comprobado por la vía de los hechos necesitamos:

Actitud
Voluntad
Diálogo
Método
Compromisos
Experimentación
Reflexividad

En juego está la democracia y las libertades públicas. Actores como Musk lo tienen claro; en la izquierda europea y nuestro país se sigue sin embargo a la deriva y sin rumbo. Es tiempo, pues, de actuar ya. Aquí y ahora, repensando la guerra cultural que estamos perdiendo. ★

